

Cap. I.06

IV Elecciones generales. 1986

La reunión del centro-derecha

A partir de noviembre de 1982 la hegemonía socialista se confirmará durante los años siguientes como constatación que el segundo ciclo político iba a ser largo. Mientras tanto, la derecha empezó un proceso de unificación ideológica y política bajo las siglas de AP las cuales, sin embargo, mostrarán una preocupante falta de progresión en las urnas. No así en Baleares, que ambos ciclos iban a ser muchos más cortos.

El centro en ebullición

El partido de Suárez, capitaneado en las Islas por Josep Melià, Francesc Quetlas y Celestí Alomar, había iniciado su singladura con la intención de hacerse con buena parte del voto de UCD y, sobre todo, no dar espacio a Unió Mallorquina. Nada más lejos de lo que pasó en la realidad. En los primeros comicios electorales autonómicos, en mayo 1983, UM obtuvo unos espectaculares 47.000 votos – un 15% del cuerpo electoral y 6 diputados -, frente a los escasos 6.600 votos (2%) del CDS, convirtiéndose no sólo en la referencia de centro regionalista, sino en la fuerza decisiva para inclinar la balanza del primer gobierno autonómico hacia la derecha o a la izquierda. Lo hizo hacia la derecha haciendo presidente a Cañellas, y UM, así, ocupaba el espacio, y obtenía los votos, que el CDS había deseado para sí. Nunca volvió a tener tantos votos y escaños, aunque sí la misma o más influencia.

En el ámbito nacional, Miquel Roca, dirigente de Convergència Democràtica de Catalunya (CDC), planteó tras las elecciones de 1982 un análisis político según el cual ni la derecha de Alianza Popular ni el centro del CDS serían jamás alternativa al socialismo de Felipe González, por lo que se hacía imprescindible buscar otra opción que pudiera serlo. Su propuesta fue que el reformismo de CDC se fuera extendiendo a modo de red por toda España, asociándosele todos los partidos liberales regionalistas y nacionalistas y creándose nuevos partidos allí dónde no los hubiere. Todos bajo la denominación de Partido Reformista, por él liderado.

Era una propuesta que a priori parecía una locura política, pero extraoficialmente se supo enseguida que contaba con importantes apoyos financieros, entre los cuales estaba el grupo de la Banca March, de la familia heredera del financiero mallorquín Juan March. Cuando Roca puso su mirada en Baleares, en 1984, entendió que el partido de Albertí era el aliado más lógico para su proyecto. Albertí se mostró reacio, pero insistió una y otra vez hasta que accedió no sin antes renunciar a tumbar el precario gobierno de Cañellas. En palabras del propio Albertí –nuevamente en Memòria Viva-, una llamada de Roca le advirtió que quienes le financiaban –o sea los March- no entenderían que UM dejara de apoyar a la derecha para abrir el paso a la izquierda, y que para el futuro de la Operación Reformista era mejor dejar las cosas tal y cómo estaban, lo que UM cumplió a rajatabla.

En noviembre de 1984 Roca fundó definitivamente su Partido Reformista Democrático, con la clara pretensión de engullir al CDS, a los restos de UCD y en general a todo lo que fuera centro liberal regionalista-nacionalista. Pronto se le unieron el Partido Demócrata Liberal y el Partido Riojano Progresista, aunque tanto Unió Mallorquina, como CiU o Coalición Galega sólo llegaron a apoyarle, pero sin ser parte, lo que debilitó mucho el proyecto.

La izquierda

En el PSOE nacional son años de tranquilidad interna. Disfruta de una cómoda mayoría parlamentaria y aunque el 48% de votos de 1982 se había reducido al 42% en las autonómicas de 1983, su supremacía era absoluta y le permitió afrontar los graves problemas de España con una más que considerable capacidad de maniobra.

El gobierno de Felipe González fue profundamente reformista en sus inicios. Abordó la difícil situación económica mediante un amplio despliegue de medidas económicas que le costaron una amplia contestación sobre todo sindical. También tuvo que hacer frente a una de las más duras campañas terroristas, con más de cien muertos en toda la legislatura, y dirigió una profunda reforma del Ejército que disolviera para siempre cualquier intento de sublevación militar. Otros asuntos de calado fueron la aprobación de LODE (Ley Orgánica del Derecho a la Educación), que establecía la enseñanza gratuita y obligatoria hasta los dieciséis años; la universalización de la asistencia sanitaria; la despenalización parcial del aborto y, al final de la legislatura, la histórica integración de España en la Comunidad Económica Europea, teniendo que aceptar a cambio la entrada previa en la OTAN.

Pero en la Federación Socialista Balear las aguas no estaban tan tranquilas. A pesar del bálsamo en forma de buen resultado electoral de las elecciones de 1982, de menara inesperada el PSOE de Félix Pons no consiguió la victoria en los comicios autonómicos de 1983, viendo cómo UM pactaba con la CD y los socialistas quedaban condenados a la oposición en el recién creado Parlamento balear. El constante enfrentamiento entre oficialistas –alineados con la central de Madrid- y autonomistas – defensores de un PSOE de corte más regionalista e incluso con tintes nacionalistas- había ayudado a ello, y lógicamente tras perder, fue a más. Pons tiró la toalla y en el congreso de marzo de 1985 Josep Moll, vicepresidente del Parlamento, se hizo con la secretaria general y el cerebro de la corriente Socialisme i Autonomia, Joan March, con la secretaría de

organización. Con Pons en la política nacional (en julio de 1985 pasó a ocupar el ministerio de Administración Territorial), y con Ramón Aguiló circunscrito en el Ayuntamiento de Palma, la línea ideológica y política del PSOE quedó en manos de la mayoría representada por la corriente autonomista de March, en espera de una nueva oportunidad electoral.

El PCE, el partido que había sido más activo en la oposición clandestina y que en ella soñaba con que las urnas le convertirían en la referencia de toda la izquierda, vio cómo perdía de más de la mitad de su electorado, pasando en toda España del 10% al 4% entre 1979 y 1982. Un millón de votos menos, en números redondos. Demasiado para su casi mítico secretario general, Santiago Carrillo, el cual dimitía el 6 de octubre de 1982. No era solamente una retirada por los escasos réditos electorales sino también por la contestación interna derivada de los llamados renovadores que se enfrentaban a su forma de dirigir el partido. Precisamente uno de estos críticos, un joven llamado Gerardo Iglesias, sustituyó al viejo león en diciembre de 1983, pero con el partido totalmente dividido en tres grandes trozos: los renovadores de Iglesias, los eurocomunistas de Carrillo y los prosoviéticos de Santiago Gallego.

En las Islas, los enfrentamientos en el seno del PCIB se reproducían con más brío que nunca. Prosoviéticos por un lado, eurocomunistas por otro y renovadores, independientes y críticos más allá, condujeron el rojo partido a la degradación absoluta. Si mal le habían ido los comicios generales de 1982 (2%), no mucho mejor le fueron los primeros autonómicos de mayo de 1983 (3%), y prueba de ello fue que tras su VI conferencia celebrada tras en diciembre de ese mismo año, salieron nuevamente divididos entre una facción mayoritaria y prosoviética que seis meses después terminaría liderada por José Vilchez bajo la denominación del Partido Comunista Balear, y el Partit Comunista de les Illes Balears, que aún seguía más o menos fiel a las tesis más renovadoras de Iglesias.

El nacionalismo

El 2% obtenido en las elecciones generales de 1982 había sumido el PSM en una más que justificada depresión. El 6% en las autonómicas de sólo un año después en Mallorca -dos diputados- y un 14% en Menorca -otros dos diputados-, fue a priori un bálsamo para el partido nacionalista, progresista y ecologista. Sin embargo, no todos quedaron contentos, y siguiendo la tradición de la izquierda, en su seno empezó a cuajar una profunda división aquellos en que primaba la ideología nacionalista por encima de la izquierdista, y otra, que quería mantener el equilibrio entre las dos.

En el primer grupo destacaban Tomeu Mestre y Jaume Santandreu. En el segundo, Sebastià Serra, Damià Pons y Pere Sampol entre otros. Tras las elecciones autonómicas de 1983, los primeros, insatisfechos con el resultado, plantearon en el seno de la formación que se intentara una pinza con el PP en contra el PSOE, con el argumento que dado que tanto uno como otro eran “españoles”, para un nacionalista no había diferencias y que era mejor obtener el máximo que podía darlo, que era el PP. El segundo grupo se negó en redondo, primando sobre cualquier consideración su ideología progresista. Tras más enfrentamientos, y la consiguiente dimisión de la dirección, un congreso en el año 1985 encumbró a Mateu Morro a la secretaría general, con el apoyo cerrado de todo el segundo grupo y de la inmensa mayoría de la militancia. Posteriormente los más radicales abandonarían el PSM impulsando la delegación isleña de Esquerra Republicana de Catalunya.

La derecha

La Coalición Democrática (AP y PDP) obtuvo en las generales de 1982 un notable éxito en toda España -pasó del 6% al 27%, ganando más de cinco millones de votos-, lo que le convirtió rápidamente en un imán para otros partidos ideológicamente cercanos, formándose rápidamente la denominada Coalición

Popular junto al Partido Liberal y la Unión Liberal que a su vez incorporaron a políticos de peso como José Antonio Segurado o a Pedro Schwartz .

Esta formación en Baleares encaraba las elecciones de 1986 con excelente salud. Gabriel Cañellas había sido reelegido presidente regional de AP en 1982 y Jose Antonio Berastain secretario general. Juntos prepararon al partido para las inminentes elecciones autonómicas empujados por el espectacular incremento que habían tenido en las generales de 1982, del 9% al 38%. En las elecciones autonómicas de 1983, la renovada coalición con el PDP – y que uno de sus referentes era Cristòfol Soler-, a la que se adhirió la Unión Liberal que entonces lideraba Miquel Durán, logró el 35% de los votos -dos puntos menos que en las generales- pero empatando con el PSOE que había perdido cuatro.

Por los acontecimientos relatados más arriba, Cañellas se hizo con la presidencia del primer gobierno regional gracias al apoyo de UM, y que a pesar de las intensas desavenencias entre ambos, el partido conservador pudo disfrutar de una envidiable solidez interna. En el IV congreso regional de marzo de 1985 volvía a ser elegido Gabriel Cañellas como presidente y Berastain secretario, sin oposición interna alguna que le pudiera incomodar. De ahí que la dirección de AP empezara a pensar de forma unánime en UM como objeto del deseo, o sea absorber al partido regionalista para eliminarlo como posible competencia. Las palabras Berastain, publicadas al día siguiente del congreso en el periódico ABC no dejaban lugar a dudas: “AP es un partido abierto a otras corrientes de centro como UM”. Las elecciones de 1986 eran el primer paso en esta estrategia.

El referéndum de la OTAN

El 1 de enero de 1986, y a pesar de la grave crisis económica y del azote terrorista, España conseguía el gran anhelo político de entrar en el Mercado Común, o “en Europa”, como se decía entonces, aunque para ello se tuvo que pagar el precio de convocar un referéndum para continuar dentro de la OTAN en

contra de la tesis defendidas meses antes por el propio gobierno y por supuesto por el PSOE.

En los primeros días de 1986 los diarios nacionales ya advierten sobre las intenciones de Felipe González de convocar el referéndum y de pedir el voto positivo a la permanencia en la OTAN. El resto de la izquierda se yergue inmediatamente en santa cruzada, criticando al PSOE por “traidor” y al grito de “OTAN no, bases fuera”, un clásico que en Mallorca tenía como paradigma la base americana del Puig Mayor. El 3 de enero Última Hora titulaba: “El PSOE prepara en Baleares la campaña pro-OTAN. (...) PSM y comunistas se movilizarán a favor del no”. Las posturas estaban bien claras y contrastadas desde el inicio. Era una lucha no tanto por el resultado del referéndum – que no era vinculante - cuanto por el espacio electoral que podía ganarse a la izquierda del PSOE.

La derecha, a favor de la permanencia pero viendo la posibilidad de erosionar al gobierno de González, adoptó la extraña postura de la “abstención informativa” la cual, al decir de los dirigentes conservadores, consistiría en explicar que estaban a favor de la permanencia en la OTAN pero al mismo tiempo optaban por la abstención porque el gobierno no debería haberlo convocado. Postura que seguirían también tanto UM como el CDS y que hizo recuperar una intensidad política como hacía una década que no se notaba en las calles. Este posicionamiento hizo que desde enero mismo las primeras encuestas mostraran una nítida mayoría a favor de la salida. Así lo titulaba el Diario de Mallorca el 12 de enero: “Los sondeos oficiales siguen dando ventaja al NO a la OTAN”, haciéndose eco de encuestas de resultados contradictorios o poco concluyentes como la del CIS, que auguraba un 38% en contra, un 24% a favor y un 38% indeciso. O sea, cualquier cosa.

Ante la pugna la izquierda balear se rompió en tres. Por un lado, los socialistas con su petición de voto afirmativo. Por otro, un PSM en solitario pidiendo el no. Y por último, un PCE intentando liderar todo el conglomerado de partidos

pequeños ultraizquierdistas, plataformas y asociaciones diversas que se juntaron bajo el paraguas de la “Plataforma Cívica por la Salida de España de la OTAN”, y que terminaría siendo el germen de la futura Izquierda Unida.

La intensa campaña del referéndum fue seguida por unos medios de comunicación entregados con pasión a la polaridad política. A menudo publicaban qué opinaban al respecto de la OTAN famosos regionales. Fue el caso de Última Hora que el 9 de febrero titulaba un reportaje como “Populares mallorquines ante la OTAN”, en el que, entre otros, personajes como Valentí Puig, Pedro Serra, Ramón Aguiló, Josep Melià, Tolo Güell o Pedro Nicolau reconocían que votarían afirmativamente a la permanencia en la organización militar, mientras que otros como Xesc Forteza, Joan Moll, Lorenzo Santamaría, Sebastià Serra o Ignasi Ribas se inclinaban por el no.

Lo que reflejaba el diario era lo que en el ámbito político se vivía. La gran tensión. Los favorables al no veían que tenían posibilidades de ganar. Lo cual podría abrir escenarios muy difíciles para el PSOE. El 14 de febrero, Andrés Ferret escribía en el Diario de Mallorca: “Nervios, muchos nervios en el PSOE” balear. No era para menos: nuevos sondeos publicados seguían siendo mayoritarios hacia el no.

Por la mínima, pero el PSOE se salió con la suya. En todo el país la participación fue solo del 59%, pero con un 53% para el SI, un 40% para el NO, y un 7% entre blancos y nulos. En Baleares, la participación fue del 52%, con un 56% de SI, un 35% de NO y un 9% entre blancos y nulos. El PSOE salvaba un escollo que en caso de haber tropezado en él hubiera tenido consecuencias difíciles de imaginar, todas ellas malas, sin duda.

A la izquierda del PSOE, los comunistas, amén de compañeros de la Plataforma, valoraban el casi 40% de rechazo como “una gran victoria moral”. Mientras que no sin mordacidad cruel, el alcalde de Palma, Ramón Aguiló, eufórico, contestaba: “el resultado descalifica las victorias morales”. En fin: que todos

decían estar contentos, algo que iba a convertirse en un clásico. Nadie pierde en las noches electorales. Tanto fue así que incluso la Coalición Popular se mostró contenta porque la abstención obtenía valores altísimos. Fantaseó con que era debido a su posición, y aunque hubieran preferido una derrota socialista, el reelegido Fraga siempre confió que el desgaste del referéndum iba a abrirle la puerta a unos buenos resultados en las ya inminentes elecciones generales.

Las candidaturas

En el PSOE pensaban lo contrario. Tras la victoria en el referéndum González tenía el camino expedito para convocar elecciones anticipadas. No tenía ninguna necesidad, por supuesto, porque ante la proximidad de la cita ordinaria era como no avanzarlas, pero el éxito supuso tal premio político para los socialistas que no quisieron o no pudieron sustraerse a la tentación. Las adelantó tres meses.

En Palma, una visita de Félix Pons arrancaba la precampaña en fecha tan temprana como el 30 de marzo “La derecha no sintoniza con la mayoría del pueblo español”. Y en el mes de abril todos los partidos isleños estaban en plena efervescencia preelectoral: Los dirigentes de UM-PRD confiaban “en obtener dos escaños” de los seis que se elegían por las Islas, desde el PSOE, Joan March contaba con al menos repetir “tres de los seis” y, por su parte, José Antonio Berastáin, secretario general de Alianza Popular, daba por hecho que su partido se quedaría con “cuatro de los seis”. Y a todo esto sin contar con el PSM, cuyo secretario general, Mateu Morro, decía el día 13 “nos presentaremos en solitario (...) y conseguiremos estar presentes en el Congreso”. El PCE, convertido ya en Izquierda Unida, algo más prudente sólo confiaba en “romper el bipartidismo”, y más consciente de la realidad, el CDS no aventuraba éxitos quiméricos.

Realmente, las posibilidades para un tercer partido de romper el bipartidismo y obtener al menos un diputado eran más bien escasas. Hacía falta al menos un 12% de los votos, lo que según los resultados en 1977, 1979 y 1982 parecía imposible. La única duda, si acaso, estaba en el centro, donde el 16% obtenido por la UCD en 1982 tanto podrían ir al CDS como a AP o incluso al PRD, lo que

podía aumentar las posibilidades de este último, dado que en las autonómicas UM había obtenido un 15%.

Pero en realidad, todo sonreía a los socialistas. Al iniciarse el mes de abril se conocía el dato del paro del mes de marzo, que descendía en toda España y en especial en Baleares. Suponía un cierto optimismo económico, que obviamente beneficiaba al partido en el gobierno. Todo era tan positivo para los socialistas que algunos sectores del partido exigieron prudencia por el peligro de una alta abstención ante un exceso de confianza. No obstante, la tónica general era la euforia ante una victoria descontada. Así por ejemplo lo confesaba el secretario general del PSOE isleño, Josep Moll, a Última Hora: “todos estamos convencidos de que el PSOE obtendrá otra vez mayoría absoluta”.

Como ya era tradición, la confección de las listas electorales provocó tensiones internas en casi todos los partidos. En UM, por ejemplo, su presidente Jerónimo Albertí no debía estar muy seguro del éxito electoral junto al PRD de Roca a juzgar por el hecho que él mismo hizo correr el nombre de una tal Maria Antònia Munar, alcaldesa de Costix por la UCD y fundadora junto al propio Albertí de UM, como posible número 1 al Congreso y así desvincularse él de la derrota. Pero la presión directa de Miquel Roca sobre Albertí consiguió forzarle finalmente a ser el número uno, quedando Munar relegada al testimonial número cinco. La joven alcaldesa no sabía entonces qué le reservaba el futuro.

En AP, tras las tradicionales escenas de celos y los consiguientes amagos de ruptura entre familias, se acuerda que José Cañellas, –hermano del presidente del partido y del gobierno autonómico- repitiera como diputado pero esta vez cabeza de cartel, cubriendo el puesto de Abel Matutes que había sido nombrado comisario europeo. El resto de la lista pudo ser cerrada con relativa paz por el empresario Juan Casals (PDP) por Menorca, Enrique Fajarnés (ya en AP) por Ibiza, y siguiendo con José Antonio Noguera (PL) y Juan Verger (AP). Casi al mismo tiempo en que hubo fumata blanca para la candidatura se conoció que el Partido Liberal de Ibiza se integraba en la Coalición Popular, con lo que la

derecha balear seguía sumando espacio bajo la batuta del astuto Cañellas. La lista al Senado quedó completada con Antonio Buades y Ribas de Reyna por Mallorca, Joan Huguet por Menorca y Alonso Marí Calvet por Ibiza-Formentera. En el PSOE Félix Pons pasó a liderar por tercera vez la lista al Parlamento, sin ninguna oposición interna y por supuesto con todo el apoyo de Madrid. Nada extraño porque a los autonomistas que controlaban el partido nada les placía más que tenerlo lejos. Se completaba las listas con Juan Ramallo y Enric Ribas para el Congreso, Emilio Alonso y Antonio Garcías Coll para el Senado por Mallorca, mientras que en Menorca presentaron a Antoni Villalonga y en Ibiza-Formentera a Jaume Ribas.

Mención especial requiere el binomio PSM y PCE-Izquierda Unida, pues su posible coalición era una de las escasas posibilidades de superar la barrera del 12% y obtener así el deseado escaño. Esta potencial alianza era, en palabras del líder isleño y candidato de IU José Vilchez, “una demanda social surgida del referéndum” que, a su entender, debía ser asumida como tal por “toda la izquierda” que no fuera el PSOE. Bajo el lema “Nos van a oír”, su compañero de candidatura José Valero apuntaba más claramente: “sería una lástima que el PSM no se integre en IU”. Pero en el partido nacionalista lo tenían claro. Nada de sumarse a los comunistas. El secretario general, y jefe de candidatura, Mateu Morro anunciaba tajante que “nosotros vamos en solitario” porque a su entender, algo aparentemente ingenuo, “las elecciones reforzarán el nacionalismo”. La candidatura al senado corrieron a cargo de dos hombre fuertes del nacionalismo mallorquín como Sebastià Serra y Damià Pons.

En el CDS, el número 1 de la lista al Congreso fue para Antoni Roig –antiguo rector de la Universidad balear, cuando ésta todavía no era oficialmente UIB-, y al Senado Antoni Obrador, ambos con la misión, ciertamente difícil, de intentar recoger suficiente voto de centro como para obtener representación, o, al menos, asegurar la continuidad de la formación en las Islas.

La campaña

Esta excesiva confianza en que el PSOE volvería a ganar las elecciones derivó en una campaña de escasa tensión. El día 30 de mayo titulaba Última Hora: “Hoy comienza la campaña electoral ante la indiferencia generalizada de la población”. Esta indiferencia recibió el nombre propio de “pasotismo”, y afectaba sobre todo a la población más joven, progresivamente alejada de la participación política y abocada a una oferta de ocio cada vez más amplia. España estaba cambiando, y los jóvenes más bien estaban por participar en el primer fenómeno social hedonista estrictamente español, conocido como “la Movida”. Estaba claro: la juventud del baby boom de los sesenta, de escaso o nulo recuerdo de las batallitas del franquismo, pasaba de partidos políticos y de elecciones, por lo que los partidos tendrían que ir hacia los jóvenes. De ahí que en esta campaña se empezaran a sustituir las masivas pegadas de carteles por fiestas y conciertos musicales al aire libre, además de comidas y cenas “populares”, siempre en un ambiente festivo. Así publicitaba el día 30 de mayo el PSOE un acto con Félix Pons y Emilio Alonso: “Festa, actuacions musicals i bon vinet”. Más claro...

Otra característica moderna de aquella campaña fue el teatro, con absoluta falta de pudor, al que se dedicó algún que otro candidato. Siguiendo la estela del alcalde Tierno Galván de Madrid, que se había hecho famoso con frases del estilo “rockeros, el que no esté colocado que se coloque”, en Baleares tuvimos también lo nuestro, como el caso del presidente Gabriel Cañellas el cual, siempre circunspecto e incluso con aspecto mojigato, se dejaba fotografiar el 31 de mayo bailando, de agarrado, con una señora en el acto de inicio de la campaña electoral, acontecimiento que sirvió para que Última Hora titulara, con ironía más que adecuada, “Comienza el baile de la campaña electoral”.

Además de este nuevo formato de campaña cada vez más festivalero y desinhibido, los partidos también empezaron a utilizar muy intensamente los spots televisivos. Los anuncios en los diarios ya no sólo pedían el voto sino que además, e incluso sobretodo, anunciaban las intervenciones de sus líderes en

los espacios gratuitos de TVE y, allá donde las hubiera, en cadenas autonómicas, que no era el caso de Baleares.

En cuanto a los grandes mítines, todos tuvieron en Baleares menos concurrencia que cuatro años antes. El 8 de junio llegaba Miquel Roca, algo decaído de moral ante lo que le auguraban los sondeos, aunque él ponía al mal tiempo buena cara: “no me creo las encuestas”, decía. El día 11 Manuel Fraga reunía a unas 5.000 personas en el Palacio Municipal de Deportes, en Palma. Algo debía transmitir en negativo el viejo león conservador cuando el periodista de Última Hora en el acto, Germán Ventayol, titulaba: “Fraga, un ciclón venido a menos”. El día 12 llegaba un solitario Adolfo Suárez al que se le notaba más vencido que convencido de sus posibilidades por mucho que dijera que “el PSOE ha robado al centro muchos votos que tiene que devolver con intereses”. Y en el mismo escenario que Fraga, y como muestra de lo que iba a llegar, el día 15 Felipe González llenaba hasta la bandera con 9.000 incondicionales, ante los cuales clamaba su victoria segura porque “no es verdad que haya otras opciones además del PSOE” para gobernar.

Los resultados nacionales

El día 22, al cerrarse los colegios, se conocieron pronto los resultados. Por primera vez la alta tecnología empezaba a ser una realidad en España y el recuento ya podía seguirse en directo y por televisión.

El dato de participación fue el primero en saltar: un 71% en el conjunto nacional, es decir, un decremento de casi diez puntos respecto de 1982 confirmando las pocas ganas de que hubiera un vuelco electoral. Aunque en los primeros momentos la alta abstención fue valorada como preocupante casi en los mismos términos que lo fue en 1979, con la perspectiva de hoy en día puede decirse que sencillamente la participación volvió a estar valores normales, alrededor del 70%, y por lo tanto el sistema daba muestra de estabilidad y continuidad.

De hecho la variación en el voto fue escasa. El PSOE volvió a ganar con mayoría absoluta y la CD quedó en segundo lugar, aunque el primero perdió cuatro puntos (del 48% al 44%) y el segundo uno (del 27% al 26%). El intento del CDS por recoger, al menos, los votos de la UCD, tampoco funcionó, quedando únicamente en un 9% de apoyos. La nueva coalición de izquierdas, IU, no pudo incrementar en más de un punto lo conseguido por el PCE en el año 1982, subiendo del 4% al 5%. Y el quinto partido en número de votos, el Partido Reformista Democrático de Miquel Roca, cosechó un rotundo fracaso al obtener sólo el 1% del voto. Se disolvió casi inmediatamente después, dejando en muy mal lugar a figuras políticamente tan destacadas como Arias Salgado, Garrigues Walker o Pilar del Castillo. El relativo descenso de todos partidos tuvo lógicamente el contrapunto en los partidos nacionalistas, que subieron casi todos sobre todo CiU, Herri Batasuna, Euskadiko Eskerra, Coalición Gallega, PAR, Agrupación Independiente de Canarias, y Unión Valenciana.

Los resultados en Baleares

En Baleares se presentaron 13 partidos, es decir, dos más que en las anteriores elecciones. Ya la media entre 12 y 14 que empezaba a ser habitual. La participación, que también empezaba a presentar un comportamiento independiente de la oferta electoral, y en un desconcertante diente de sierra, fue del 66%, con una disminución de 14 puntos respecto a 1982. Este importante decremento fue muy similar al registrado a nivel nacional y en Baleares supuso la mayor de todas las oscilaciones registradas hasta la fecha. No obstante, al igual que lo dicho para la media española, a ojos de hoy en día el dato no era sino una vuelta a la normalidad, después del vuelco electoral y el correspondiente incremento en la participación ocurrido en 1982. Además que el valor del 66%, siendo bajo, será roto con posterioridad en más de una ocasión, dibujando un perfil territorial en que Mallorca y Menorca seguían reflejando tasas similares de participación mientras que Ibiza presentaba un dato significativamente más bajo - de casi nueve puntos -, respecto de las otras islas.

Elecciones generales 1986 en Baleares. Resultados al Congreso

	Resultados en miles					Resultados en %				
	Baleare	Mallorc	Menorc	Ibiza	Formenter	Baleare	Mallorc	Menorc	Ibiza	Formenter
Censo electoral	528.129	428.06	45.411	49.81	3.232					
Voto emitido	348.831	287.72	30.042	28.63	2.102	66,1	67,2	66,2	57,5	65,0
Voto nulo	7.579	6.186	722	646	22	2,2	2,2	2,4	2,3	1,1
Voto en blanco	2.446	1.987	283	158	17	0,7	0,7	1,0	0,6	0,8
TOTAL CANDIDATURAS	338.806	279.55	29.037	27.83	2.063	100,0	100,0	100,0	100,	100,0
PSOE - PARTIDO SOCIALISTA OBRERO	137.463	112.67	12.606	11.05	961	40,6	40,3	43,4	39,7	46,6
AP-PDP-PL - COALICION POPULAR	117.097	94.734	9.000	12.46	818	34,6	33,9	31,0	44,8	39,7
CDS - CENTRO DEMOCRATICO Y SOCIAL	38.510	33.626	2.453	2.248	148	11,4	12,0	8,5	8,1	7,2
PRD - PARTIDO REFORMISTA DEMOCRATICO	24.379	21.309	2.237	779	33	7,2	7,6	7,7	2,8	1,6
IU - COALICION IZQUIERDA UNIDA	7.942	6.360	910	634	33	2,3	2,3	3,1	2,3	1,6
PSM-EN - PSM ESQUERRA NACIONALISTA	7.539	6.142	1.288	83	22	2,2	2,2	4,4	0,3	1,1
MUC - MESA PARA LA UNIDAD COMUNISTAS	1.708	1.372	174	153	9	0,5	0,5	0,6	0,6	0,4
UCE - UNIFICACION COMUNISTA DE ESPAÑA	1.090	877	104	97	11	0,3	0,3	0,4	0,4	0,5
FE-JONS - FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS	1.062	882	108	56	9	0,3	0,3	0,4	0,2	0,4
UPR - UNIDAD POPULAR REPUBLICANA	800	657	54	81	7	0,2	0,2	0,2	0,3	0,3
PORE - PART. DE LOS OBREROS REV. DE	601	488	55	54	2	0,2	0,2	0,2	0,2	0,1
POSI - PART. OBRERO SOC.	583	408	47	118	9	0,2	0,2	0,2	0,4	0,4
PCC - PARTIT DELS COMUNISTES DE	32	22	1	8	1	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1
Diputados electos: Félix Pons, Juan Ramallo y Enric Ribas Marí (PSOE) y José Cañellas, Juan Casals y Enrique Ramón Fajames (CP)										

Senadores electos			
Isla	Partido	Senador	Votos
Mallorca	PSOE	EMILIO ALONSO SARMIENTO	107.777
Mallorca	PSOE	ANTONIO GARCIAS COLL	103.482
Mallorca	AP-PDP-PL	ANTONIO BUADES FIOL	91.356
Menorca	PSOE	ANTONIO VILLALONGA	11.268
Eivissa-	AP-PDP-PL	ALONSO MARI CALBET	13.203

No hubo movimientos importantes de voto. La victoria del PSOE volvió a ser amplia e incontestable, un 41%, repitiendo el mismo registro que en las generales del año 1982, aunque cuatro puntos menos que en el promedio nacional. La Coalición Popular, que esperaba incrementar, obtuvo un 35%, tres puntos menos, aunque nueve más que el registro nacional, lo que supuso un resultado agrí dulce desde luego motivado por la irrupción del PRD con sus algo más de veinticuatro mil votos. Pero así y todo la coalición conservadora se llevó tres de los seis diputados en juego, empatando con el PSOE en escaños igual que había ocurrido en 1982. El CDS, que quizás aspiraba a sumar a sus propios apoyos del año 1982 (5%) los derivados de la desaparición de la UCD (11%), se quedó sólo con un 11%, a unos cuatro puntos de obtener un diputado. La cuarta preferencia ciudadana fue para el Partido Reformista Democrático, cuyo 7% fue considerado un fracaso habida cuenta del apoyo de UM cuyo registro de referencia habían sido del 15% en las autonómicas de tres años antes, y dejando en muy mal lugar a figuras como el propio Albertí.

Por último, el PSM, que esta vez se presentaba como PSM-Esquerri Nacionalista, no superó el mismo 2% que llevaba arrastrando desde ocho años antes, y siempre por debajo del 5% que había sido su mejor registro en 1977. Empezaba a estar claro que la guerra de las generales no iba con él y que los mensajes sobre la necesidad de romper el bipartidismo para tener voz nacionalista en Madrid topaban con la realidad de un electorado que votaba claramente en clave nacional. Esta representación testimonial fue compartida por Izquierda Unida cuyo 2%, ante el 5% nacional, indicaba la escasa implantación en Baleares de este tipo de voto de izquierdas que además de competir con el PSOE debía hacerlo también con nacionalistas y con los incipientes movimientos ecologistas.

La distribución por Islas siguió un patrón muy similar al de 1982, con mayoría del PSOE en Mallorca, Menorca y Formentera, y mayoría de la CD en Ibiza. El

CDS fue la tercera fuerza en todas las Islas y el PSM la cuarta, pero con mayor preponderancia en Mallorca y Menorca que en las otras dos. Tampoco la distribución del voto municipal dio sorpresas respecto del perfil ya descrito en elecciones anteriores. En 31 municipios ganó el PSOE y en 34 la CD, lo que unido a la diferencia de veinte mil votos a favor del primero daba a entender que el voto de este partido era en mayor medida urbano y concentrado en núcleos más grandes que el de la CD, que estaba concentrado en muchos municipios pero de tamaño mucho menor y de carácter más rural.

No obstante este perfil estaba ahora más desdibujado que en las anteriores elecciones y si bien entre los primeros destacaron por encima del 47% Alaró, Es Castell, Artá, Capdepera, Esporles, Lluçmajor, Calvià, Lloseta, Pollensa, Andratx y Maó, desaparecía Palma de esta lista. En cuanto a la CD, la mayor proporción de voto la obtuvieron en Sant Joan de Labritja, Campos, Sata Eulalia, Sa Pobla, Fornalutx, Santanyí, Muro, San Josep, Vilafranca, Lloret, San Joan y Campanet, todos ellos también por encima del 47%. El CDS solo obtuvo voto superior al 15% en Sant Llorençs, Petra, Alcudia y Pollensa, mientras que el PRD obtuvo valores por encima del 30% en Banyalfubar, Costix y Ariany -con el 61%, 47% y 43% respectivamente-, además de Mancor, Escorca y Deià con algo menos. Los mayores registros de IU fueron sólo entre el 3% y el 5% en Es Castell, Capdepera, Maó y Esporles, mientras que los mejores del PSM-EN oscilaron entre el 9% y el 14% en Campanet, Vilafranca, Santa María y Montuiri.

Esta segunda victoria socialista podría llevar a suponer un avance de las posiciones generales de la izquierda en su conjunto, o al menos una consolidación de la misma. Pero no era así. El 41% del PSOE junto al 2% de IU, el 2% del PSM y el 1% restante entre el MUC, UCE UPR, PORE, POSI y PCC sumaban un 46% frente a un 54% del centro derecha (CD+CDS+PRD+FE-JONS. Si tenemos en cuenta las cuatro elecciones, el valor de la derecha siempre se mostraba por encima del 50% con una diferencia entre 4 y 32 puntos en relación a la izquierda. Baleares quedaba ya perfilada, respecto de otras regiones, como claramente conservadora.

Estos comicios de 1986 dejaron claro sobre todo una cosa. Que en el espacio derechista iba a comenzar un verdadero proceso de fagocitación. AP se estaba comiendo el espacio y los votos del resto de siglas de su ámbito ideológico, tanto conservadoras como centristas. Estaba iniciándose la transición hacia un partido casi único en la derecha, el cual concentraría prácticamente todo este voto con la única excepción de UM como competidora. En la izquierda, sin embargo, el PSOE no mostraba en este 1986 –como tampoco antes- ninguna capacidad de neutralizar a sus dos competidores, PSM y PCE-IU, amén de otros partidos más a la izquierda u otros de tintes ecologistas que aún tenían que llegar.

Una progresión diferente, ésta de la derecha e izquierda, que en el futuro tendrá grandes consecuencias políticas en las Islas, al alumbrar un partido derechista hegemónico que ganará todas las elecciones con la excepción de una sola en los siguientes veinticinco años.